

El mar que hablaba

Karen Cecilia Macías

Muchas personas recurren a mí. Suelo observar cómo se divierten desde lejos y hasta de cerca. Mi movimiento depende de mi estado de ánimo, a veces suelo ser muy bravo, pero a la vez cálido; otras, solo estoy tranquilo y disfruto ser yo mientras abrazo a las personas. Los niños me aman, especialmente Jacinto. Él tiene siete años, pero parece ser muy mayor para su edad. La manera en la que habla es muy interesante, apuesto que es el más inteligente de su clase.

En ocasiones, él se sienta enfrente de mí y conversamos, más bien él lo hace. Aún no me animo a hablarle, porque siento que se va a asustar. No quiero perder a un buen amigo. Sin embargo, hubo un día que se notaba extraño mientras conversábamos.

—Estoy muy triste, Mar. Mi papá no entiende lo importante que es para mí estudiar. Él dice que ya llegará mi momento de ir a la escuela, hasta ahora debo estudiar con los libros que le presta doña Teresa. Ah... y también trabajar —dice tristemente dibujando en la arena—. Pero, ¿sabes?, a veces escucho quejarse a Carlitos con su mamá de las tareas que tiene; dice que son muchas, pero creo que son necesarias para aprender más ¿no?

A Jacinto se le salían algunas lágrimas mientras hablaba. No me gusta verlo así, pues es un gran niño y no merece esto. Necesito ayudarlo.

Paró de dibujar en la arena y se levantó acercándose a mí.

—Ya no quiero estar aquí. No quiero ir a pescar con mi papá.

No quiero trabajar en eso. Ni quiero que mis manos sigan oliendo a pescado. Quiero estudiar. ¿Tú crees que algún día lo haré? —me pregunta mientras mira sus pies.

Tenía que hacerlo. Tenía que ayudarlo. Jacinto debe estudiar.

—Sí lo vas a hacer. Habla con tu papá, y él lo entenderá, porque te ama mucho. Solo sé sincero —le dije mientras veía como abría sus ojos de par en par.

La ola que había formado era muy alta para el tamaño de Jacinto, pero era inevitable. Quería que viera cómo soy realmente. Él me miraba fijamente. Sus ojos abiertos de par en par. Parpadeaba mientras cubría la boca con sus manos completamente sorprendido.

Y luego corrió. Jacinto, mi único y gran amigo me abandonó.

220

Ha pasado una semana desde que vi a Jacinto. O más bien, desde el día que lo asusté. Aquel suceso me dejó pensando sobre mi naturaleza. Quizás a muchas personas no les gusta cómo soy, pero a la vez me confunden porque veo cómo disfrutan cuando están conmigo. Entonces, ¿por qué se asustó mi amigo?

Como todos los días, estoy rodeado de algunas personas que disfrutan verme mientras están sentadas en la arena. Observaba a cada niño para ver si era mi amigo, pero nada, ya no iba a regresar.

Hasta que de lejos vi una silueta que se parecía a la de él. ¡Era Jacinto! ¡Vino a verme!

—¡Mar! —grita mi nombre desesperadamente.

No podía responderle, porque tenía miedo de que se volviera asustar, sobre todo ahora con todas estas personas rodeándome. Yo solo miraba cómo movía sus manos saludándome enérgicamente.

— ¡Lo hice! ¡Mañana entraré a clases! Será mi primer día y te contaré todo —dice emocionado—. A la final, seguí tu consejo. Le dije a mi papá cómo me sentía y me apoyó. ¡Ya no volveré a trabajar! ¡Seré un gran estudiante! Lo prometo. Quiero que sepas que estoy aquí para ti. Siempre seré tu amigo... y mantendré tu secreto —dice mientras pone el dedo índice sobre sus labios.

Alegremente se despide de mí y camina hacia su nuevo destino, en el que sin duda le irá muy bien.

Es bueno tener de vuelta a mi amigo.

Karen Cecilia Macías

Egresada de la carrera de Literatura de la Universidad de las Artes. Participó como asistente editorial para el catálogo de graduados de 2020/2021 publicado por UArtes Ediciones. Formó parte del proyecto UAProyectKids, como una de las escritoras; de ahí nació el cuento *El mar que hablaba*, que es la versión en español, que luego fue traducido al inglés. Actualmente elabora su tesis de grado.

karen.macias@uartes.edu.ec